

á los Cruzados para vindicar los ultrajes que habia sufrido la ciudad de Dios.

La primavera de 1225 fué la época señalada para la partida; pero Federico encontró nuevas razones ó mas bien pretextos para diferirla. Despues pretendió el título de rey de Jerusalem en perjuicio de Juan de Brienne. ¿Podian aun escucharse las excitaciones de los predicadores, cuando aparecia tan poca lealtad en los jefes? Entretanto los reyes estaban ocupados en arrancar de manos de los barones los restos que á estos quedaban del poder regio; las ciudades procuraban consolidar sus antiguas franquicias y adquirir otras nuevas ó combatian entre sí; el emperador alimentaba sus ambiciosos designios; así es que la Cruzada era objeto de los discursos de todos, pero nadie se ponía en movimiento á no ser algun peregrino ó algun caballero aislado.

Gregorio IX instó con mas fervor á Federico « puesto por Dios en este mundo como un querubín armado de espada para mostrar á los descarriados el camino del árbol de la vida; » y este, no pudiendo resistir por mas tiempo, se embarcó en Brindis; pero ¿qué sucedió? á los tres dias ya estaba nuevamente en tierra, alejando las enfermedades que él y otros padecian. El pontífice perdió al fin la paciencia y le excomulgó, presentándolo ante toda la Europa como perjuro é infiel, imputándole la muerte de Yolanda y la de los Cruzados que perecieron de hambre y calor en la Pulla. Federico contestó no menos iracundo, y entretanto la Palestina gemía sin que nadie fuese á socorrerla.

Afortunadamente se pusieron en discordia los sultanes de Damasco y del Cáiro. El primero pidió auxilios á Gelaeddin, príncipe poderoso del Garism; el otro se procuró la amistad de Federico enviándole presentes, y prometiéndole, si se trasladaba á aquel país, entregarle á Jerusalem. Conforme con esta proposicion, Federico proyectó formalmente su viaje á Palestina, para contentar al papa y tranquilizar á su suegro Juan de Brienne, que se disponía á recuperar el regio título. Al efecto reunió numerosas tropas en las llanuras de Barletta, donde presentándose sobre un magnífico trono con toda la majestad imperial y con la cruz de peregrino, anunció su partida, leyó por sí mismo su testamento, é hizo jurar á los barones que le cumplirían si parecia en aquella expedicion.

Pareció á Gregorio demasiado escandalosa una Cruzada dirigida por un excomulgado é imprudente llevarla á cabo con solo veinte galeras y seiscientos caballeros, escuadra mas propia de un corsario que de un emperador. Federico no respondió; pero continuó su empresa, y el papa interrumpió la canonizacion del pacífico San Francisco para reiterar las maldiciones á Federico. Este fué recibido en Siria como salvador, y allí se le presentaron dos franciscanos anunciándole la excomunion, la cual le quitó la fe y el respeto. Melik-Kamel salió entretanto de Egipto para aprovecharse de la muerte de su hermano

y apoderarse de Damasco. Federico le recordó el tratado que tenian celebrado, y aunque á ambos interesaba la paz, pasaron toda la campaña en contestaciones, cual si se ocupasen de una guerra moderna. Estas negociaciones, que siempre se cubren con el velo del misterio, dieron origen á las murmuraciones de los musulmanes y Cristianos, que estaban recelosos y hasta despechados por aquellas amistosas relaciones. Melik regaló á Federico un elefante, algunos camellos y otras rarezas de la India, del Arabia y del Egipto, y le presentó una comparsa de bailarines y cantores, todo lo cual fué objeto de reprobacion para los musulmanes y de escándalo para los nuestros. Al fin el sultan y el emperador convinieron en una tregua de diez años; Jerusalem, Belen, Nazaret y Toron se adjudicarian á Federico con todos los territorios comprendidos entre Jerusalem, Acre, Tiro y Sidon, esto es, poco ménos que el reino de Jerusalem; los prisioneros se devolverian por ambas partes; los musulmanes debian conservar sus mezquitas y el libre ejercicio de su culto, y Federico evitar cualquier acto hostil por parte de los Francos contra los Egipcios.

Ambas religiones miraron estos pactos como impíos. Los imanes y cadíes apelaron al califa de Bagdad contra la cesion de la ciudad del Profeta; los obispos al papa de Roma contra la odiosa y sacrilega medida de confundir los dos cultos; el sultan de Damasco protestó contra aquel convenio, y el patriarca de Jerusalem declaró en entredicho los países recobrados por este tratado. En su consecuencia Federico entró en Jerusalem, sin otro acompañamiento que sus barones alemanes y los caballeros Teutónicos. En la iglesia del Santo Sepulcro, que encontró enlutada y abandonada de los sacerdotes, tuvo que ponerse la diadema con sus propias manos. Victorioso y aborrecido, dejó á Jerusalem, sin haber podido obtener obediencia á pesar de tratar cruelmente á los ciudadanos, apalea á los frailes y molestar á los Templarios y peregrinos que habian ido á celebrar la Semana Santa, y respirando venganza volvió á su reino de Sicilia que se hallaba amenazado por los partidarios del papa. Su salida de Jerusalem fué tan celebrada como su llegada, y las personas sensatas lo murmuraban, con razon, por no haber procurado conservar las posesiones adquiridas.

El papa pensaba en una nueva Cruzada, y entretanto mandó una mision de frailes para que convirtiesen la Siria y el Egipto, á la cual entregó cartas para el califa de Bagdad, el sultan de Damasco y los principales musulmanes. Al mismo tiempo hacia predicar la paz en Occidente y exhortaba á todos los fieles á pagar un dinero por semana, lo cual hubiera bastado para mantener el ejército por diez años. Los Dominicos y Franciscanos salieron por los pueblos con esta mision; pero tanto en Oriente como en Occidente dió muy mezquinos resultados. Tibaldo V, conde de Champaña y rey de Navarra, tan famoso trovador como esforzado caballero, excitó la

Cruzada con sus canciones, y muchos se le unieron para una de que debia ser jefe Federico, á quien el papa habia ya absuelto de la excomunion. Se reunieron en Lyon; pero nuevas disidencias que surgieron entre el emperador y el papa, obligaron á este á mandar que se retirasen. Algunos obedecieron y otros se embarcaron en Marsella, entre los que se contaban el rey de Navarra. Al llegar á Palestina, quebrantaron la tregua y se dirigieron de Joppe á Ascalon; pero fueron sorprendidos y derrotados.

1239.
19 de nov.

Mientras continuaba la guerra civil entre el sultan del Cáiro y el de Damasco, los Cristianos se habian dividido, tomando parte los Templarios por el primero y los Hospitalarios por el segundo. Se vió, pues, cruz contra cruz, hasta que el de Damasco recuperó á Jerusalem. En este tiempo llegaron nuevos Cruzados de Inglaterra y de otras naciones, bastantes para turbar la paz; pero insuficientes para obtener la victoria. Y ¿cómo la habian de conseguir mientras Europa hervia en interiores disidencias? ¿cómo la habian de conseguir, cuando la Cruzada se proclamaba al mismo tiempo contra los herejes del Languedoc, contra el emperador excomulgado, los idólatras de Prusia y los mahometanos de Oriente?

Poco despues se presentó Rodulfo, señor de Coèvres, pretendiendo el reino de Jerusalem, y obtuvo su gobierno; pero muy pronto abandonó una dignidad tan vana y peligrosa. Ricardo, conde de Cornwall, sobrino de Corazon de Leon, cuyo nombre todavía causaba espanto á los musulmanes, vino con tropas y dinero; pero no habiendo podido terminar la guerra á muerte que se hacian las dos órdenes de caballeros, se limitó á concluir un tratado con los Ayubitas, en virtud del cual Jerusalem, Ascalon y Tiberiade fueron restituidas á los Cristianos.

No era ménos desgraciada la situacion en que se hallaba el reino de Constantinopla; Pedro de Courtenay, príncipe de la casa real de Francia, y sucesor de Enrique de Flándes, fué llamado á ocupar el trono, y durante su viaje sorprendido y asesinado por orden de Teodoro Comneno, príncipe de Epiro. Roberto, su hijo, vencido en una batalla por Juan Vatace, emperador de Nicea, perdió todas las provincias situadas mas allá del Bósforo y del Helesponto, mientras que el príncipe de Epiro se apoderaba de la Tesalia y parte de la Tracia, de modo que el ejército enemigo llegó á acampar á las puertas mismas de Constantinopla. Sus súbditos no le respetaban, y habiéndose casado con una mujer que estaba prometida á un caballero borgoñon, este asaltó de noche el palacio imperial, se llevó á su esposa y á su madre, cortó las narices y los labios á la primera, ahogó á la segunda, y el emperador murió de pesar.

1228.

1231.

Balduino II, todavía niño, sucedió á su hermano bajo la tutela de Juan de Brienne, que ya habia sido rey de Jerusalem. Este venció á los Griegos y Búlgaros que habian penetrado hasta en el puerto de Constantinopla, desanimándolos

con victorias maravillosas, que sin embargo hubieran sido insuficientes para sostener el imperio en la postracion en que se hallaba, si los Búlgaros no se hubiesen enemistado con el emperador de Nicea. El héroe, á pesar de hallarse á los ochenta y nueve años de su edad, continuó defendiendo aquellas ruinas, y murió con el humilde hábito de franciscano, pudiendo prever que nada quedaba á sus sucesores. Balduino, su yerno, destinado á sucederle, no pudo ocupar el trono, y fugitivo vagó por Europa, mendigando socorros, y careciendo hasta del pan muchas veces.

1237.

Á tan mísera condicion llegaron los Cristianos en Oriente cuando los Mogoles, nuevos y mas terribles enemigos, se presentaron á preparar fuertes sacudimientos á la sociedad; pero como despues tendríamos que ocuparnos de ellos, bastará indicar aquí, que ya por casualidad, ó ya por una causa desconocida, sus ejércitos no se arrojaron sobre el imperio latino, ni sobre las posesiones cristianas de Siria, ó bien indirectamente contribuyeron á los acontecimientos que despues tuvieron lugar en ellos.

CAPÍTULO V

Herejías. — Nuevos frailes.

Siempre hemos visto que la libertad se ha abierto camino en el seno de la Iglesia bajo la sombra de la autoridad, y que se han convocado frecuentes concilios para discutir las opiniones, como único medio que la Iglesia creía aceptable para combatir á los disidentes. Las cuestiones inútiles, azote de la Iglesia y del buen sentido, turbaron á los Orientales; pero desde que Juan Damasceno introdujo entre ellos la escolástica, los ingenios se dedicaron no tanto á buscar nuevas verdades con riesgo de tropezar con nuevos errores, como á explicar y demostrar los dogmas por medio de la revelacion, unida á la dialéctica. La herejía iconoclástica atrajo grandes desgracias al Oriente, llegando hasta tal extremo que, en tiempo de Constantino Coprónimo, se juzgaba como un crimen de lesa majestad aquella afectuosa exclamacion: ¡Oh Madre de Dios, rogad por mí!

Los Occidentales se hallaban entónces á punto de entrar en el triste oficio de sofistas, y ya Gotescalc y Berengario en los siglos IX y XI impugnaban la presencia real en la Eucaristía. Las leyes que los emperadores antiguos habian promulgado contra los herejes, no se aplicaron á uno ni á otro, ya fuese descuido ó moderacion, y Gotescalc fué solamente encerrado en la abadía de Haut-Villiers, evitando Gregorio VII toda persecucion á Berengario.

Los heresiarcas, teniendo contra sí la opinion y las leyes, se mantenian en secreto, satisfechos con un corto número de adeptos á quienes ligaban con terribles juramentos. Sin embargo, de vez en cuando aparecian algunos indicios, y á mitad del siglo IX Pedro, obispo de Padua,

descubrió en su diócesis una secta visionaria sobre la Redencion, y derivada de los paulicianos, la cual cincuenta años despues fué disipada por el obispo Gocelino. Tambien fueron safocados en Châlons los errores de un campesino, llamado Leutardo, quien sostenia que el matrimonio repugnaba al Evangelio, y en Rávena la de un tal Vitgardo, que fundaba sus delirios en los escritos de Horacio, Virgilio y Juvenal (1000).

1022. Poco despues de este hecho se descubrió en Orleans una secta de paulicianos y maniqueos, que negaban la autoridad de los dos Testamentos, sostenian la eternidad del mundo, y por consiguiente, que no habia recompensa en la otra vida, ni pecado en la sensualidad. Los desórdenes de aquella diócesis habian animado á los sectarios dirigidos por una mujer de Italia, que reunia gran número de personas, para celebrar ritos obscenos y sanguinarios. Muchos canónigos entraban en esta inicua sociedad y difundian sus doctrinas entre la juventud confiada á su direccion. El clérigo Eriberto tambien estaba imbuido en sus errores. Era capellan de Arefast, señor normando, y quiso introducirle en aquella secta, á lo que este accedió por consejo de otros sacerdotes; pero con el único objeto de enterarse de sus secretos y revelarlos. Manifestáronle todos sus ritos y le admitieron á la mesa celeste, que consistia en reunirse por la noche, llevando cada uno una linterna encendida, y teniéndola levantada recitaban una letanía de nombres de diablos, hasta que aparecia entre ellos uno en forma de pequeño animal. Entonces apagaban las luces y abrazaban á la primera mujer que se les presentaba. De sus hijos así concebidos se quemaba uno á los ocho dias de haber nacido, y sus cenizas se guardaban con la misma veneracion que nosotros prestamos al Sacramento. Si á cualquiera se le hacia tragar una pequeña dosis de aquellas cenizas, bastaba esto para que quedase sincera é invisiblemente convertido. El rey Roberto hizo que los prendiesen, y se encontraron entre ellos muchos sacerdotes y frailes: trece fueron quemados, y el mismo rey prendió fuego á las hogueras, complaciéndose la reina en sacarle los ojos á su confesor con un tizon ardiendo. Otros se descubrieron despues en Tolosa y en Árras, contaminados con los errores de esta asquerosa secta.

Entretanto el espíritu de discusion se sostenia resucitando la jurisprudencia y metafísica de Aristóteles, y el abuso de la dialéctica volvió, como en los tiempos de Sócrates, á dar á los hombres una orgullosa presuncion de su potencia individual; la virtud y la verdad fueron reducidas á meras formas de raciocinio, y cada uno creia poder hacer y deshacer religiones á su antojo. Rebelada de este modo la razon contra la autoridad, el genio práctico, característico entre los Occidentales, se mezcló nuevamente con las herejías; las creencias, los actos y las cuestiones religiosas con las sociales.

Un tal Pedro de Bruys que salió de los Alpes, recorrió la Aquitania predicando á los pueblos, rebautizando y formando muchos apóstoles. Así continuó veinticinco años, tal vez por la proteccion de los señores y la connivencia de los obispos. En Saint-Gilles, el viérnes santo hizo una hoguera con cruces, estatuas de Santos y altares; la prendió fuego y asó en ella varias carnes, que iba á comer con sus secuaces; pero indignados los habitantes, le cogieron y le asaron vivo. Le sucedió un estudiante llamado Enrique, que despues de convertido por San Bernardo, volvió á sus errores, y por sentencia del concilio de Reims fué encarcelado. No por esto terminaron los herejes, así es que el concilio de Tours (1163) ordenó se les persiguiese. Pedro Valdo, comerciante de Lyon, fué el campeon nuevo que presentó la herejía, el cual vendió todos sus bienes, y se erigió en reformador de costumbres. No enseñaba dogmas oscuros, sino los mas inteligibles á todos, como lo hacia Arnaldo de Brescia. Decia que la Iglesia se habia desviado del Evangelio; queria volverla á su sencillez primitiva; abolir el fausto en el culto, la riqueza de los sacerdotes, el poder temporal de los papas, y reducir á todos, como en los primeros tiempos, á una condicion pobre y humilde. Estas doctrinas dieron á aquellos sectarios el nombre de cátaros, esto es, pobres de Lyon ó puros. Disentian poco de la verdad, y estaban tan persuadidos de la de sus máximas que pidieron al pontífice licencia para predicarlas (1), lo cual equivalia á pedirle permiso para

(1) *Multa petebant instantia predicationis auctoritatem sibi confirmari.* Estéban de Borbon ap. Giesler, p. 310. Cuando los valdenses se separaron de nosotros, tenian muy pocos dogmas contrarios á los nuestros, ó tal vez ninguno. BOSSUET, *Histoire des variations*; lib. XI. El inquisidor fray Raniero Saccone se expresa en estos términos: « Cum omnes alia secta immanitate blasphemiarum in Deum audientibus horrorem inducant, hæc magnam habet speciem pietatis, eo quod coram hominibus juste vivant, et bene omnia de Deo credant, et omnes articulos qui in symbolo continentur observent; solummodo romanam Ecclesiam blasphemant et clerum. » — Conrado Uspersense dice que el papa Lacio los condenó por algunos dogmas y observaciones supersticiosas. — Claudio de Seyssel, arzobispo de Turin, declaró irrepreensible su vida, lo cual pareció á Bossuet una nueva seducción del demonio.

Se escribieron muchas obras relativas á este objeto, máxime despues que los protestantes alemanes quisieron considerarlos como sus predecesores.

BERGIER, art. *Vaudois*.

Hist. des Albigeois et des Vaudois ou Barbets, 1705, 2 vol. PP. VIC y VAISSETTE, *Hist. de Languedoc*.

Despues que los reyes del Piemonte volvieron á ocupar el trono en 1814, cualesquiera alborotos que ocurrían se atribuían á los valdenses refugiados en los valles y que habian auxiliado á Napoleon; resultando de aquí, que el rey de Prusia y el de Inglaterra los socorriesen. Entonces muchos Ingleses fueron á visitarles, y se publicaron varios escritos como son: « Authentic details of the Valdenses in Piemont and other countries, with abridged translations of *L'Histoire des Vaudois* par Bresse and *La rentrée glorieuse d'Henri Armand*. With the ancient Valdensian catechism; to which is subjoined original letters, written during a residence among the Vaudois of Piemont and Wirtemberg in 1823. » LONDRES, en 8º.

Narrative of an excursion to the mountains of Piemont in the year 1823, and researches among the Vaudois or Waldenses protestans inhabitants of the Cottian alpes. With maps. By the rev. WILLIAMS STEPHEN GILLY. Ibid., 1820, en 8º.

The history of the christian Church, including the very interesting account of the Waldenses and Albigenes. By WILLIAMS JONES. Ibid., 2 tom. en 8º.

Valdenses.

1147.

1170.

separarse de la Iglesia, si bien muy pronto negaron la autoridad del papa y tras ello el purgatorio, la invocacion de los Santos, y otros dogmas cardinales. Proclamaron el libre derecho de predicar hasta por los legos, en lo que parece estaban en armonía con otros herejes, de cuyas creencias era el principal fundamento la fe en los dos principios, uno bueno y otro malo (1).

Esta herejía, muy difundida por el Oriente, y que fascinaba por la explicacion vulgar que da respecto al modo como existe el mal bajo un Dios bueno, se predicó ya en los primeros siglos por Manes y sus discípulos los maniqueos, cuyos restos se refugiaron en la Armenia. Sus doctrinas no se diferenciaban mucho de la de los paulicianos ya mencionados, cuyo nombre se deriva de Paulo, hijo de Callinico, los cuales tambien admitian dos principios, vilipendiaban á Cristo, miraban la cena como un símbolo, y rechazaban el Antiguo Testamento. Entre ellos fué notable Constantino, que publicó máximas extrañas al Evangelio y á los Apóstoles, y reanimó su secta, la cual poseía muchas comunidades en el Asia Menor y en la Tracia, adonde las habia trasferido Constantino Coprónimo. Despues Irene los persiguió, matando hasta cien mil de ellos, si hemos de dar crédito á sus tradiciones. Acogidos por los Árabes se multiplicaron, y guiados por Carbéas y Crisocheir invadieron el imperio, donde se sostuvieron hasta que Basilio de Macedonia los desalojó de la fortaleza de Tefrica.

Si se puede encontrar alguna conexión entre las extrañas y opuestas noticias que rodean la cuna de los patarinos, parece cierto que Pedro de Sicilia, mandado á Tefrica por Basilio Macedonio para tratar del canje de prisioneros, conoció allí á los paulicianos, y descubrió que enviaban apóstoles á Bulgaria. Que para refutar sus errores compuso un libro y lo remitió á aquel país; pero que este antídoto valió muy poco, porque á pesar de él se difundieron tanto que llegaron á darles el nombre de búlgaros. En 1092 turbaron la Iglesia Africana, y en 1153 se reunieron bajo la direccion de Paulo de Samosata, de quien creen algunos tomaron el nombre de paulicianos. Alejo Comneno procuró atraerlos á la Iglesia única, obteniendo felices

LOWTHEC's, *Brief observations on the present state of the Waldenses.* Ibid., 1823, en 8º.

A brief sketch of the history and present situation of the Vaudois. By HUGH DYKE ACLAND. Ibid., 1826, en 8º.

Recherches historiques sur la véritable origine des Vaudois. Paris, 1836. Es católico.

PEYRUX, *Notice sur l'état actuel des églises vaudaises.* Ibid., 1822. Sostiene que las Iglesias valdenses son coetáneas del Cristianismo.

M. MUSTON, *Hist. des Vaudois des vallées du Piemont.* Ibid., 1834. Este autor dice que los valdenses son oriundos de un tal Leon, que en el siglo iv se separó del papa Silvestre, cuando este aceptó los bienes de Constantino.

(1) Los protestantes pretenden demostrar la antigüedad de su doctrina, por haberse conservado entre los valdenses, y por esta razon procuran purgar á estos de las opiniones de los maniqueos, sobre lo cual sostienen contrarias opiniones Basnage y Bossuet.

resultados si creemos á su hija Ana, que por esta razon le honra con el título de Apóstol decimotercio.

Sin embargo, se habian difundido por Europa y ántes por Lombardia, donde tenian por obispo á un tal Márcos que estaba ordenado en Bulgaria, y que ejercia su jurisdiccion sobre la Lombardia, la Marca y la Toscana; pero habiendo venido despues otro papa llamado Niceta, reprobó las órdenes que á aquel se confirieran en Bulgaria, y Márcos recibió las de la Drungaria (1). En Milan, asiento principal de su secta, se distinguían los cátaros nuevos de los antiguos (2); estos que vinieron de Dalmacia, Croacia y Bulgaria se aumentaron, especialmente cuando Barbaroja los favoreció contra la voluntad de Alejandro, papa; los otros salieron de Francia hácia el año 1176. Siempre estaban en continua comunicacion, y en el año de 1205 fué uno de Italia á ejercer su ministerio á Árras, refutando el sacerdocio, el bautismo, la cena y la penitencia. Decia que debia abandonarse el mundo, dominar las pasiones y alimentarse con el trabajo de sus propias manos. En esto hacia consistir la virtud y la justificacion. El obispo Garardo supo con su dulzura apartarlo del error y volverle al camino de la verdad.

Estos visionarios se habian arraigado principalmente en el Languedoc, entre el Ródano, el Garona y el Mediterráneo, país mas civilizado que el resto de la Galia, y donde las ciudades se habian constituido en comunes con una especie de igualdad entre los nobles y comerciantes, muy oportuna al progreso de la civilizacion. El comercio atraía aquellos pueblos hácia el Oriente, y los Hebreos tenian escuelas flore-

Languedoc.

(1) Así lo dice Vignario, reputado por los protestantes como el restaurador de la historia eclesiástica. *Bibl. hist.*, adic. á la P. 2, p. 313. Ignoro dónde se halle la Drungaria; pero Fr. Ramiro dice tambien que las Iglesias de Francia y de Italia son oriundas de las de Bulgaria y Drungaria.

(2) Cátaro significa puro, y tal vez tomaron este nombre por la pretendida inocencia de su vida. San Agustin ya llamó *cataristas* á los maniqueos. *De her. in her. Manich.* Los Alemanes llaman todavia *kaiser* á los herejes. Tambien tuvieron el nombre de *patarinos*, derivado de *pater*, porque hacían ostentacion de su penitencia, ó del *pater* que era su oracion. En una constitucion de Federico II se lee: « In exemplum martyrum, qui pro fide catholica martyria subierunt, patarinos se nominant, veluti expositis passioni. » Tambien las Assisas de Carlos I en el frances de aquellos tiempos dicen: « Li vice de ceans sont coneu par leur anciens noms, et ne vuentent mie qu'il soient apelé par leur propres noms, mais s'appellent patarins par aucune excellence, et entendent que patarins vaut autant come chose abandonée á souffrir passion en l'ensemble des martyrs, qui souffrirent torment pour la sainte foy. »

Que el nombre de valdenses se deriva de Pedro Valdo, lo desmiente el encontrarse en un manuscrito de Cambridge del año 1100, esto es, setenta años ántes que existiese Valdo, y donde se lee en idioma provenzal:

Que non volliá maudire, ni jurar, ni mentire,
Ni avourtar, ni ancire, ni prenre de l'outrui,
Ni venjar se de li sio ennemie,
Illi dison quel és Vandés, e degne de murir.

Tal vez viene de *wald* floresta: sus varias sectas se indicaban con innumerables nombres, como *Pobres de Leon*, *Gazaros*, *Arnaldistas*, *Jusepinos*, *Leonistas*, *Búlgaros* (de donde viene el *dogre* de los Franceses y el *bolgiron* de los Lombardos) *Circumcisos*, *Publicanos*, *Insabasayatos*, *Comistas* (cuyo nombre quieren algunos se derive de Como) *Creyentes de Milan*, *Creyentes de Bagnolo ó de Concorezzo* (territorios de Lombardia), *Vannos*, *Furscos*, *Romularios*, *Carantanos*...

cientes de medicina en Carcasona, Montpellier y Nimes. Al lado del municipio, resto de las instituciones romanas, se elevaba el castillo del señor feudal al estilo alemán, y las murallas, detras de las cuales los ciudadanos estaban seguros de las correrías de los extranjeros ó de la prepotencia de los nobles. Eran también apasionados á las armas, no por codicia ó por amor á la patria, sino por su carácter caballeresco, inclinado á los ejercicios militares y á las aventuras, resultando de aquí que gran parte de ellos se cruzaban para correr á las guerras de Palestina, ó á batirse contra los Árabes de España. Sin embargo, habían adquirido ciertas simpatías con estos últimos desde que Narbona fué capital del reino árabe situado al Septentrion de los Pirineos. Á pesar de las mezclas de aquellas gentes todavía se encontraban vestigios de los Árabes, juntamente con los Latinos, Franceses, Godos y Españoles, elementos heterogéneos de los cuales se había formado esta nación de tan variado aspecto.

En ella se habían desarrollado las gracias de la imaginación y el gusto por las artes y los placeres delicados. Se compusieron versos en la nueva lengua, que fueron cantados por elegantes trovadores, acompañados de su bandola, los cuales vagaban por los castillos, enalteciendo el valor y el amor, ó satirizando á los magnates y á los sacerdotes. El conde de Tolosa, que en la primera Cruzada se hizo señor de Trípoli, se contaba por el más rico de la Cristiandad, aunque rodeado de enemigos. Este potentado, no haciendo caso de las excomuniones de la Iglesia, dió ejemplos de un lujo inusitado, que pronto imitaron sus súbditos.

La diversidad de origen hacía que estos Franceses meridionales, aunque acordes con sus demás compatriotas en odiar el dominio extranjero, no supiesen sin embargo unirse y entenderse entre sí; de este modo, unas veces se aliaban con el rey franco, otras con el inglés, dejándose dirigir por las insinuaciones de uno y otro, hasta tal punto que solo podían tener paz cuando las *libras esterlinas y tornesas habían roto sus treguas*.

Entre ellos se arraigaron las doctrinas heterodoxas, confundidas con las de Emerico de Chártres, el cual enseñaba en la universidad de París que la ley del Espíritu Santo había abolido la de Jesucristo. Se les dió el nombre de albigenses, porque en Alby sufrieron su primera persecución. En 1167 Niceta ó Niquita, su pontífice, vino de Constantinopla, y convocó para la celebración de un concilio cerca de Tolosa á los representantes de la Lombardia, la Francia Septentrional, Alby, Carcasona y Arau (1). Expuso las costumbres de los mani-

Albigenses.

(1) GIESLER, II, P. 2, p. 495: « Anno MCLXVII Incarnationis Dominice, in mense maii, in diebus illis ecclesia Tolosana adduxit papa Niquinta in castro Sancti Felicij, et magna multitudo hominum et mulierum eccl. Tolosane, aliarumque ecclesiarum vicinæ congregaverunt se ibi, ut acciperent consolationem, quod dominus papa Niquinta cepit consolare. Postea

queos asiáticos, consagró muchos obispos, hizo una nueva distribución de las diócesis de Provenza y predicó la pobreza y la renuncia del mundo. No es fácil aclarar lo que hay de verdad en todo esto.

Tampoco es posible saber exactamente sus errores, ó si estos reconocían un origen común bajo la infinita variedad que es propia del error, porque no tenían un libro, como hoy se dice, simbólico, que fuese depositario de sus creencias, ó al ménos no ha llegado á nuestras manos. San Bernardo dice que mientras los demás herejes publicaban y extendían sus máximas por medio de la predicación, estos solo trataban de ocultarlas. Reducidos como nos hallamos á tomar datos de los libros que las refutan (1), y á las imputaciones que los historiadores reunieron de un vulgo prevenido contra ellos, encontramos doctrinas y culpas contradictorias, ora proclamando á Dios como criador, ora al demonio; ya predicando un Dios material, ya que Cristo no fué más que una sombra. Unos les hacen admitir á la fe á todos los mortales, otros dicen que excluían á las mujeres de la felicidad eterna, quién asegura que simplificaban el culto, quién que mandaban hacer cien genuflexiones al día, ya afirman que proclamaban como lícitos los

Sus opiniones.

vero Robertau de Sperrone, episcopus ecclesie Francigenarum, venit cum consilio suo similiter, et Sicardus Cellarerius ecclesie Albiensis episcopus venit cum consilio suo, et Bernardus Catalani venit cum consilio suo ecclesie Carcassensis, et consilium ecclesie Arauensis fuit tibi... Post hæc vero papa Niquinta dixit ecclesie Tolosana: « Vos dixistis mihi ut ego dicam vobis consuetudines primitivarum ecclesiarum, sint leves aut graves; et ego dicam vobis: septem ecclesie Asia fuerunt divisæ et terminatæ inter illas, et nulla illarum faciebat ad aliam rem ad suam contradictionem. Et ecclesie Romanae et Drogometiæ, et Melengue, et Bulgaræ, et Dalmatiæ sunt divisæ et terminatæ, et una ad alteram non fecit aliquam rem ad contradictionem, et ita pacem habent intra se. Similiter et vos facite. » — SANDII NOCLETUS, *Hist. eccl.*, IV, 404: « Veniens papa, Nicetas nomine, a Constantinopoli... »

(1) Este es un punto que otras veces he tratado de estudiar con particular cuidado, consultando muchísimas obras, diversos manuscritos y expedientes. Entre los autores italianos contemporáneos citaré ante todo al venerable padre Moneta de Cremona, hombre disoluto, que se convirtió oyendo predicar en Bolonia á Reginaldo de Orleans, y luego fué nombrado inquisidor de la fe en Milan año de 1220, y quien *tamquam leorugiens* se arrojó contra la herejía y escribió una Suma Teológica, publicada en Roma en un volumen abultado en folio el año 1743 por el P. Tomas Agustín Rechino con el título de *Ven. patris Monete Cremonensis, ordinis predicatorum sancto patri dominico aequalis, adversus Catharos et Valdenses libri quinque*. F. Raniero Sacone, después de haber sido cátaro diez y siete años, se convirtió y los persiguió como verémos. — Su obra titulada: *Summa de Catharis et Leonistis, sive Pauperibus de Lugduno*, fué inserta en el *Thesaurus novus anecdotorum* de los PP. Martene y Durando, tom. V, p. 1739. En esta Suma se encuentra mencionado un volumen de diez cuadernos, en el cual se hallaban los errores que Juan de Lugió había declarado. Bonaccorso, ya obispo de los cátaros en Milan, lo refutó en su *Manifestatio hæreseos Catharorum Bonaccorsi, quondam magistri illorum Mediolani*: y en el *Spicilegio* del P. d'Achery, tom. I, página 208 al 1723. En el antedicho *Thesaurus* (Paris, 1717, tom. V, p. 4073), se encuentra una *Dissertatio inter Catholicum et Patarinum*; y la obra de Fr. Estéban de Bellavilla, inquisidor.

Se ha hablado mucho sobre si este punto tiene relación con las ideas despertadas en nuestros días sobre el comunismo, ocupándose de ello principalmente Dolinger en la *Storia ecclesiastica* ó la *Universitè Catholique*, marzo y abril de 1847, y también Schmidt en una disertación dirigida al Instituto de Francia.

delitos más groseros, ya que reprobaban hasta el matrimonio.

Sin embargo, parece que era general entre ellos la creencia en los dos principios. Atribuían al malo la creación del mundo y el Viejo Testamento, origen de la mentira, porque dijo á Adán: *Si comieres de esta fruta morirás*, y Adán la comió y no murió; principio también de exterminio porque mató tantos hombres con el diluvio, tantos en Sodoma y Gomorra, tantos en el mar Rojo y mandó á Moisés y á David que cometiesen tantos homicidios. Del Nuevo Testamento solo admitían los cuatro Evangelios, las Epístolas de San Pablo, las siete Canónicas y el Apocalipsis. Apoyados en aquel texto que dice: *Obedire oportet magis Deo quam hominibus*, se emanciparon de toda autoridad terrena; no obedecían al papa, ni á los obispos, ni á los ritos de la Iglesia, ni á los cánones, ni á las decretales: excluían á los sacerdotes de todo poder temporal, y decían que la Iglesia Romana del modo que estaba gobernada en sus días, no era un concilio sagrado, sino una congregación de malvados. En su concepto, no eran santos el papa Silvestre ni Lorenzo: no admitían la Extremaunción, ni el Purgatorio, y por consiguiente tampoco los sufragios por los difuntos, refutando la intercesión de los Santos y el Ave María. Para contraer matrimonio, bastaba el consentimiento de las partes, sin necesidad de bendiciones; era nulo el bautismo administrado á los niños; Dios no bajaba á la hostia, cuando era consagrada por un sacerdote indigno; no había resurrección de la carne; se reían de la distinción de los pecados en veniales y mortales; miraban los milagros como insidias del demonio; no debían adorar la Cruz, por ser símbolo de oprobio, ni jurar por cosa alguna; ni creían que los magistrados tuviesen derecho para imponer pena de muerte, ni otro castigo corporal.

Estas doctrinas, como se ve, quitan todo mérito de originalidad á los innovadores del siglo XVI en sus ardientes críticas sobre los libros santos, y á nuestros contemporáneos en la impugnación contra toda autoridad. Negada esta, y reducidas únicamente á la razón individual, necesariamente debían variar al infinito, pero es imposible distinguir sus diferencias, porque no formaban tantas escuelas opuestas como los filósofos antiguos, ni fundaban principios primordiales, ni establecían símbolos, como lo hicieron los que posteriormente se separaron de la Iglesia Católica (1).

(1) Fr. Estéban de Bellavilla cuenta que siete obispos de creencias diversas se reunieron en la catedral de no sé qué ciudad de Lombardia, para ponerse de acuerdo sobre varios puntos de su fe; pero no tuvo buen resultado su pensamiento, y se separaron excomulgándose recíprocamente. Tres sectas dominaban entonces en Lombardia: los cátaros, los concorezzos, los bañoleses.

Los cátaros, que también se llamaban albaneses (corrupción probablemente del nombre albigenses), estaban subdivididos en dos secciones: era obispo de la primera el Verones Balansanza, y de la otra Juan de Lugió, natural de Bérgamo. Además de las creencias comunes que acabamos de indicar,

Así es que su definición más general puede ser la que hizo un convertido al arzobispo Arnaldo do Colonia, á saber: « Ellos miran como falso todo lo que la Iglesia cree ó hace. »

En cuanto á sus ritos conservaban cuatro sacramentos, que decían no eran instituidos por Cristo, sino inventados por los hombres. Se acercaban á la Eucaristía cotidianamente, queremos decir, que cuando se sentaban á comer en compañía de otros, el de mayor edad entre los convidados se levantaba, y tomando en su mano el pan y el vino, decía: *Gratia Domini nostri Jesu Christi sit semper cum omnibus vobis*, y partía el pan, distribuyéndolo entre todos para cumplir aquel precepto del Evangelio: *Hæc est enim memoria*. El día de la cena del Señor, la preparaban más solemnemente. El ministro, colocado junto á una mesa, en la que había una copa de vino y un pan ácimo, decía: « Roguemos á Dios » perdone nuestros pecados por su misericordia, oyendo nuestras peticiones, y digamos » siete veces el Padre nuestro en honor de Dios » y de la Santísima Trinidad. » Todos se arrodillaban, y después de haber orado, se levantaban. Entonces el ministro bendecía el pan y el vino, partía aquel, daba de comer y beber, y así se completaba el sacrificio. La confesión de los pecados se hacía recitando uno, á nombre de todos, la siguiente fórmula: *Confesamos ante Dios y ante vosotros, que hemos pecado mucho con palabras y obras, con la vista, con el pensamiento*, etc. Tenían otra confesión más solemne, que se verificaba cuando el pecador comparecía á presencia de muchos, llevando

Sacramentos

decían los primeros que un ángel había introducido el cuerpo de Jesucristo en el útero de María, sin que ella hubiese tenido parte alguna; que el Mesías había nacido, vivido, muerto y resucitado solo en la apariencia; que los patriarcas eran ministros del demonio, y el mundo eterno. Los otros sostenían que las criaturas eran formadas, unas por el buen principio, otras por el malo, pero todas *ab eterno*; que la Creación, la Redención y los milagros habían acaecido en otro mundo muy diferente del nuestro; que Dios no era Omnipotente, porque en sus obras podía ser contrariado por el principio que tenía en oposición, y por último, que Cristo pudo pecar.

Los concorezzos (así llamados de Concorezzo, aldea cerca de Monza) admitían un principio único; pero deliraban entre la Unidad y la Trinidad. Afiraban que Dios crió los ángeles y los elementos; pero el ángel rebelado y convertido en demonio formó el hombre y este universo invisible, y que Cristo fué de naturaleza angélica.

Los Bañoleses (nombre derivado de Bagnolo del Piemonte ó de Provenza) querían que las almas hubiesen sido criadas por Dios antes que el mundo y que entonces hubiesen pecado; que la beatísima Virgen fuese un ángel, y que aunque Cristo hubiera tomado cuerpo humano para padecer, no lo había glorificado, sino que le abandonó al tiempo de la Ascensión.

Fr. Sacone distingue diez y seis iglesias de Cátaro en Lombardia, á saber: la de los albaneses, que estaban principalmente en Verona y ascendían á quinientos; la de los concorezzos que se extendían por toda la Lombardia y componía millar y medio de personas; la de los bañoleses, extendida por Mantua, Milan y Romania, que apenas llegaban á doscientos; la iglesia de la Marca, que reunió unos ciento; otros tantos en las de Toscana y Espoleto; ciento cincuenta de la iglesia de Francia esparcidos por Verona y Lombardia; doscientos de las iglesias de Tolosa, Alby y Carcasona; cincuenta de las de los Latinos y Griegos en Constantinopla, y quinientos de las demas de Esclavonia, Romania, Filadelfia y Bulgaria. Todos estos sectarios que apenas ascendían á cuatro mil, advierte el autor que eran de los llamados hombres perfectos, porque los demás creyentes no tenían número.